717
marzo 2010

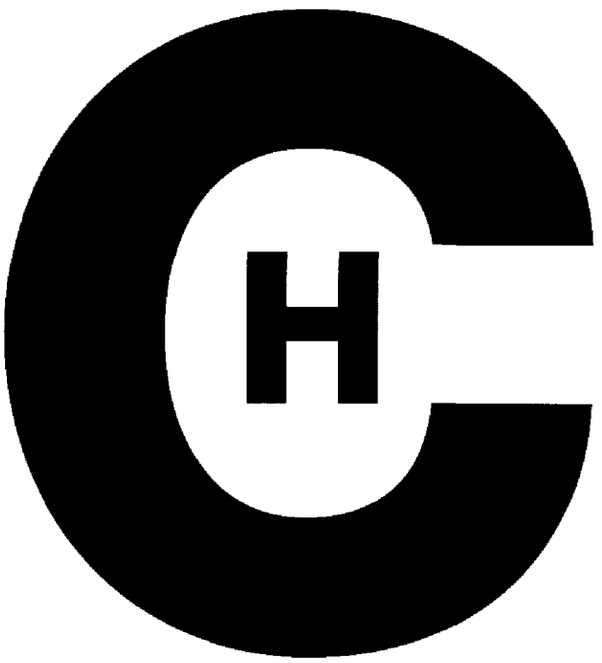
Cuadernos Hispanoamericanos

Artículos de
J. M. Caballero Bonald
Alfredo Bryce Echenique
Almudena Guzmán
Luis Alberto de Cuenca

Creación
Andrea Cote

Ilustraciones de Ricardo Rocío Blanco

Agencia Española de Cooperación Internacional



717
marzo 2010

Cuadernos Hispanoamericanos

Edita Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.
Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

Ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación
Miguel Ángel Moratinos

Secretaria de Estado para la Cooperación Internacional
Soraya Rodríguez Ramos

Directora AECID
Elena Madrazo Hegewisch

Director de Relaciones Culturales y Científicas
Carlos Alberdi

Jefe del Departamento de Cooperación
y Promoción Cultural Exterior
Miguel Albero

Jefe del Servicio Publicaciones de la Agencia
Española de Cooperación Internacional
Antonio Papell

Esta Revista fue fundada en el año 1948 y ha sido dirigida sucesivamente
por Pedro Lain Entralgo. Luis Rosales. José Antonio Maravall,
Félix Grande y Blas Matamoro.

Director: **Benjamin Prado**

Redactor Jefe: **Juan Malpartida**

Cuadernos Hispanoamericanos: Avda. Reyes Católicos, 4. 28040, Madrid.
Tlfno 91 583 83 99. Fax: 91 583 83 10/11/13. Subscripciones: 91 582 79 45
e- mail: cuadernos.hispanoamericanos@aecid.es

Secretaria de Redacción: **Mª Antonia Jiménez**
Suscripciones: **María del Carmen Fernández Poyato**
e-mail: mcarmen.fernandez@aecid.es
Imprime: Gráficas Varona, S.A.
c/ Newton, Parcela 55. Polígono «El Montalvo». 37008 Salamanca
Diseño: **Cristina Vergara**

Depósito Legal: M. 3875/1958 – ISSN: 0011-250 X – NIPO: 502-10-002-7
Catálogo General de Publicaciones Oficiales
http://publicaciones.administracion.es
Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI
(Hispanic American Periodical Index), en la MLA
Bibliography y en el Catálogo de la Biblioteca
La revista puede consultarse en
www.cervantesvirtual.com

06 ABR. 2010

717 Índice

El oficio de escribir

Alfredo Bryce Echenique: *Taurinos en Barcelona* 7
Almudena Guzmán: *El príncipe rojo. Algunas claves* 11

Mesa revuelta

Luis Alberto de Cuenca: *Cinco poemas comentados* 21
Ignacio Sanz: *La vaca y los ruiseñores de Huidobro* 35
Fernando Cordobés: *Haití: La construcción de la pobreza* 39

Creación

Andrea Cote: *Poemas* 49

Punto de vista

Mario Campaña: *Posibilidad y necesidad de una civilización americana* 55
Blas Matamoro: *La sopa y yo* 71
Laura Scarano: *Blas de Otero: Los compromisos del verbo* 77

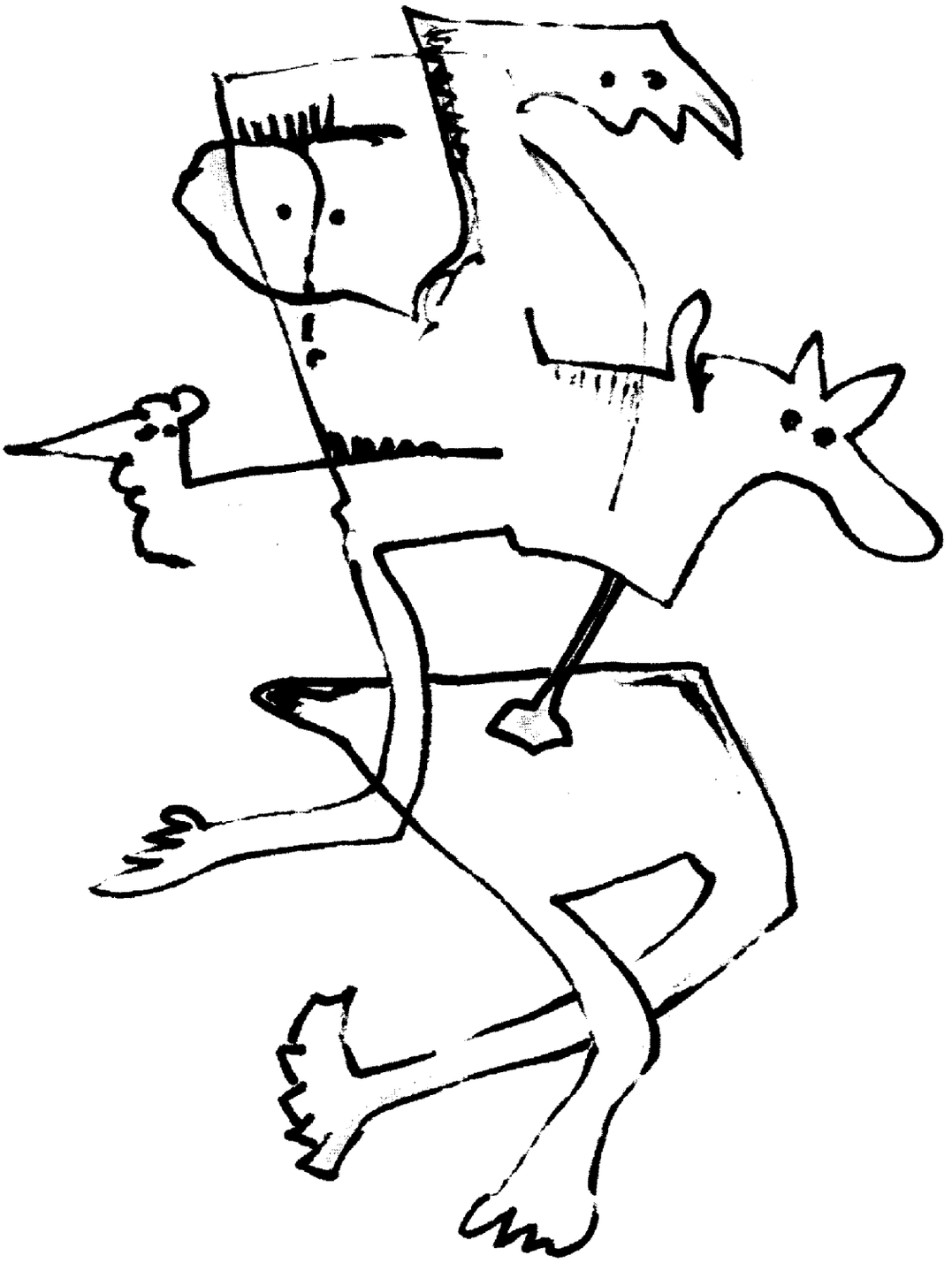
Entrevista

María Escobedo: *Luis Landero: «Las vidas casi nunca tienen argumentos»* 91

Biblioteca

J. M. Caballero Bonald: *Nuevos registros simbolistas* 101
Luis García Montero: *Algunas identidades de Felipe Benitez Reyes* 104
Lucas Soares: *El Trakl de Hugo Mugica* 109
Carlos Tomás: *Una risa que corta como un cuchillo* 116
Santos Sanz Villanueva: *Escritura y edición desde el fin del franquismo* 119
Ana Rodríguez Fisher: *Francisco Casavellas, literatura y vida* ... 124
Ramón Acín: *Conocer la realidad* 131
Norma Sturniolo: La sima *de José María Merino* 136
Manuel Quiroga Clérigo: *Premios Herralde de novela 2009* 141
Isabel de Armas: *En la España franquista* 147

Punto de vista



Posibilidad y necesidad de una civilización americana

Mario Campaña

Me referiré a la posibilidad y necesidad de un proyecto americano, siguiendo la tradición iniciada en el siglo XIX, que tiene su primer hito en Simón Bolívar y se alimenta de numerosos pensadores, entre quienes destacaré a Andrés Bello y José Martí. Subrayo que no intento abogar por una unión política, por un nuevo estado, una nueva nación o un nuevo gobierno a los que pudieran adjetivarse de americanos. Mi intención es referirme a algo radical y sustancialmente distinto, algo que va más allá de un sistema económico o político.

El americanismo: de Bolívar a Martí

1. Es sabido que Simón Bolívar fue el primero en concebir América como una sola entidad. Ya antes de la independencia la pensó como un nuevo eslabón en el proceso de la civilización. Hombre del siglo XIX, Bolívar abrazó la idea de progreso; creyó que los seres de la América hispana estaban llamados a construir un mundo que sucedería a Oriente, Roma y Europa, a tomar la antorcha que le entregaría ésta y de ese modo hacer una contribución a la historia de la humanidad, sobre cuyo sentido ascendente no albergaba dudas: él también, como hombre de la Ilustración, ve las civilizaciones como eslabones anudados unos con otros, sin la incertidumbre de la discontinuidad. Lo que quiero destacar es el planteamiento de la relación de sucesión entre Europa y América,

que en 1815 no era ni mucho menos evidente; Bolívar vio precozmente que el papel de Europa ya había terminado, y no concibió otra alternativa para la humanidad que no fuera la América hispana: «toda la tierra –escribió en 1815, en la Carta al editor de la Gaceta Real de Jamaica– está ya agotada por los hombres, la América, sola, apenas encentada»[1]. Bolívar, gran admirador de George Washington, al imaginar a Hispanoamérica como «un imperio poderoso», «la más grande nación del mundo» y en relación de continuidad con Europa, predijo sin proponérselo el futuro de Estados Unidos, un país que se fundamenta enteramente en valores europeos y que en efecto tomó el lugar de Europa en el liderazgo del planeta.

En cuanto a América del Sur, todas las expectativas de aquella primera independencia quedaron frustradas. Bolívar imaginó América como una entidad política, no cultural, y en ese sentido su americanismo fue muy limitado. Hijos de españoles, los libertadores eran criollos, es decir, europeos por su conciencia; ninguno de ellos llegó a imaginar América como una civilización diferente, ninguno pudo pensar en independizarse de la cultura de sus ancestros, en un corte con el mundo del que habían aprendido las nociones que sustentaban su lucha. Nada más claro que el Discurso de Angostura: «Nosotros –dijo allí Bolívar– no somos Europeos, no somos indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento y Europeos por derechos»[2]. He aquí la primera formulación del mestizaje. ¿Mestizaje étnico o cultural? No está claro. En cualquiera de los casos, ¿de quien hablaba Bolívar cuando decía «nosotros»? ¿De todos los americanos? De los indígenas, no; los indígenas son sólo indígenas, y eso no deja de ser cierto porque en su vida religiosa, por ejemplo, haya una fuerte presencia del relato, la imaginería y los dogmas del catolicismo. De los negros, tampoco. Bolívar se sentía europeo «por derecho» y no consiguió hablar en nombre de todos los americanos, sino en el de los criollos, los descendientes de europeos nacidos en territorio americano: «Americanos por nacimiento y Europeos por derechos».

---

[1] Simón Bolívar, *Escritos políticos*, Editorial Orbis, Barcelona, 1985, p. 91.
[2] Obra citada, p. 99.

Es cierto que algunos de los libertadores, como Francisco de Miranda, imaginaron el futuro de América mirando hacia lo originario pero, como sabemos, ésa no fue la orientación triunfante. Triunfó la línea criolla, y Bolívar terminó sintiendo que «el que sirve a una revolución ara en el mar» y que «América es ingobernable».

2. Parece que fue Andrés Bello el primero en proclamar la necesidad de la autonomía cultural americana. En la misma época de independencia, Bello llamó a inaugurar «un tiempo positivo del mundo americano, independiente hasta en el ámbito literario», como ha resumido Giuseppe Bellini. Su Gramática, no está de más recordarlo, está dedicada a sus «hermanos, los habitantes de Hispanoamérica» («no tengo la pretensión de escribir para los castellanos», declaró en el Prólogo). En la Segunda Silva, llamada «La agricultura de la zona tórrida», pensó en América como un mundo radicalmente nuevo, llamado a ser guía de la humanidad del futuro; los últimos versos, en los que se inclina por un género de vida distinto al industrial y comercial de Europa, lo confirman: «honrad al campo, honrad la vida simple/ del labrador, y su frugal llaneza./Así tendrán en vos perpetuamente/la libertad morada,/y freno la ambición, y la ley templo/Las gentes a la senda/de la inmortalidad, ardua y fragosa,/se animarán, citando vuestro ejemplo./Lo emulará celosa/vuestra posteridad»[3]. Así veía Bello a América: basando su historia en la vida simple, la libertad, el freno a la ambición y el imperio de la ley.

3. Después del paso tan importante dado por Bello, Martí es el pensador que más lejos ha llegado en la concepción de la independencia americana, que él alcanzó a ver también en su dimensión intelectual y cultural. En su obra, la separación respecto a Europa queda muchas veces destacada («Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria»); la 'salvación' no estaba en imitar lo europeo, sino en crear. «¡El vino –exclamó– de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!».

Pero hay ambigüedades importantes en Martí, quien, según sus propias palabras, tenía a «Bolívar de un brazo y Herbert Spencer

---

[3] Citado desde *Antología*, edición de Giuseppe Bellini, Castalia, Madrid, 2009, p. 117.

del otro». De Bolívar tomó su noción del mestizo americano: «extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora». Según él, en tierras americanas se creó «un pueblo mestizo en la forma», «un pueblo original y victorioso anticipado por sus héroes», un pueblo «en esencia distinto», formado por «una raza original fiera y artística», un pueblo 'precoz, generoso y firme'[4]. Aparte del triunfalismo justificable en quien escribe a distancia relativamente escasa de las exitosas guerras de independencia, debe ser subrayada la fascinación por los criollos, por la 'raza original' capaz de vencer al colonizador. Como en Bolívar, el mestizaje en Martí tiene visos de criollismo: el criollo, que lideró la revolución independentista («la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo», dice del movimiento libertario), estaría también llamado a liderar la construcción de la nueva América.

Dejo de lado algunos aspectos del pensamiento de Martí que ofrece mucho margen para la discusión, como el que se refiere a los indígenas, a quienes veía 'estancados'. La imagen del mundo y el sentido de la vida de los indígenas, ajenos a toda noción de progreso, resultaron indiferentes a Martí, que no vio allí ningún elemento valioso para la construcción de un mundo auténticamente nuevo. Ahora quisiera insistir en que Martí vio al pueblo americano como uno «original», «en esencia distinto», formado por «una raza original fiera y artística». Siendo el del prócer cubano uno de los aportes mayores que ha recibido nunca la cultural hispanoamericana, su americanismo, en una interpretación superficial, resultaría problemático si alguien, partiendo de las líneas recién citadas, llegara a creer que en la América hispana ya existe ese pueblo 'robusto', 'nuevo', 'en esencia distinto'; que esa «raza original, fiera y artística» es una realidad.

Roberto Fernández Retamar, un atento lector de Martí, refiriéndose precisamente a esa América fabulosa, destacó la diferencia entre un discurso público y otro privado en Martí[5]. Fernández

---

[4] Martí, José, *Nuestra América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, pp. 8, 12, 13 y 24.
[5] Fernández Retamar, Roberto, *Para el perfil definitivo del hombre*, editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 295-296.

Retamar observa que en una anotación hecha en Caracas en 1881, Martí escribió: «no habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica», y que ese mismo año, en una carta dirigida a Aldrey, declaraba que iba a consagrar su vida a la «revelación, sacudimiento y fundación» de Nuestra América. Fernández subraya el último término. Sólo se puede fundar, dice, lo que no existe o no existe aún. La observación es valiosa, porque la diferencia es clave: de ella depende la envergadura de las tareas que nos impongamos. Si América ya es «al fin» «lo que se quería ser», como proclamó Martí en 1877, entonces la tarea que tenemos por delante sería de orden político inmediato: solo necesitamos gobiernos adecuado, basados en «los factores reales del país», acorde con sus «elementos verdaderos», con «métodos e instituciones nacidas del país mismo», y no en modelos «de Francia o Alemania», como el mismo Martí recomendaba. Pero si ese continente nuevo aún no existe, si aún debe ser «fundado» como creía el Martí de 1881, entonces la tarea es mucho mayor. No es únicamente política ni exige solo un gobierno basado en la realidad local, sino algo más, algo distinto, nuevo, que debía aún ser 'revelado'. En 1881, Martí había dejado atrás la visión romántica del hombre americano que entrevió de los años setenta del siglo XIX.

¿Existe esa América? Sería un error creerlo; y sería igualmente equivocado pretender que su existencia es solo 'cuestión de tiempo'. El mestizaje no es más un apotegma. Ya en 1998 Antonio Cornejo Polar advirtió que «el concepto de mestizaje, pese a su tradición y prestigio es el que falsifica de una manera más drástica la condición de nuestra cultura». Y como ha recordado el profesor Michael Handelsman, citando a Javier Sanjinés, «el paradigma del mestizaje no es más que el discurso letrado de las clases altas». Hoy, quien dice que América es un continente étnicamente mestizo, mencionando con ello una unidad y no una multiplicidad étnica y cultural tal vez contradictoria, es un soñador o un embustero. Sin embargo, aún somos, en una versión dominante, en gran medida, una entidad pre-figurada por Occidente. Mientras no sea fundado un mundo nuevo, todo gobernante bien intencionado terminará repitiendo con Bolívar que ha arado en el mar y que América es ingobernable.

De la necesidad de un nueva civilización

Muchos pensadores de hoy, entre ellos el italiano Gianni Vattimo, postulan la necesidad de una nueva humanidad. Ante eso, algunas personas se preguntan si puede hacerse tabula rasa de la historia, si puede haber un punto cero. Proponer una nueva humanidad, es, en efecto, pensar *in vacuo*, como hicieron pensadores del Renacimiento europeo. Esas propuestas tienen un nombre: utopía, y ya no es el tiempo del no-lugar para un proyecto diferente. ¿Cómo podría imaginarse un punto cero de la historia? ¿Cómo ignorar que la *tabula* está llena de múltiples determinaciones, como todo ser vivo? La humanidad no es una entidad susceptible de ser pensada con respecto a un proyecto histórico. Creer, postular una 'nueva humanidad', o una 'civilización de la humanidad', como Darcy Ribeiro en 1968, o un 'mundo postoccidental', como Roberto Fernández Retamar en 1976 y 1992[6], es, me temo, dejarse arrastrar por las sobrevivencias del famoso espíritu absoluto, de Hegel. Para que lo nuevo pueda surgir ha de estar arraigado en un terreno específico e idóneo, no en el vacío. El proyecto de una nueva humanidad tiene que pensarse como una nueva civilización, postulando un espacio geográfico, político y cultural concreto, bajo condiciones favorables concretas. Pero, antes de avanzar, reconozcamos que alguien podría preguntarse, con cierta justificación, ¿por qué se debe construir una nueva humanidad, en lugar de corregir lo que haya que corregir, y continuar de ese modo con la triunfal historia de Occidente? ¿No es inmenso su desarrollo, no son sofisticadas sus costumbres, su cultura?, ¿no es grande su riqueza y enorme su poder? ¿Los hispanoamericanos nos podemos preguntar, ¿por qué no aceptar simplemente una civilización supuestamente superior?, ¿por qué no ganar tiempo, no quemar etapas, y dar un salto gracias a la técnica, la ciencia, los sistemas jurídicos y la riqueza de los europeos y los estadounidenses, y llegar así hasta el lugar al que ellos llegaron después de siglos? Hay muchas razones. Comentaré solo una:

---

[6] Darcy Ribeiro en *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución sociocultural*; y Roberto Fernández Retamar en los artículos «Nuestra América y Occidente» (1976) y «Calibán 500 años más tarde» (1992).

Civilización y barbarie: Tanto los teóricos de la revolución francesa como los hombres que la hicieron realidad, proclamaron el triunfo definitivo de la civilización en el mundo: el estudio de las leyes de la historia le permitió a Condorcet, por ejemplo, anunciar que, debido a la dinámica siempre progresiva de la historia, ya no era posible recaer en la barbarie. Y sin embargo, enseguida se comprobó que la lucha entre civilización y barbarie se seguía desarrollando en el seno de Europa. Después de aquella tan optimista proclama de Condorcet la historia no ha sido otra cosa que enfrentamientos continuos, intensas batallas entre civilización y barbarie. Los campos de concentración nazis y la bomba atómica fueron los más grandes triunfos de ésta. El último triunfo de la civilización fue la expansión planetaria de las nuevas maneras de relacionarse, basadas en el ideal de igualdad entre hombres y mujeres surgida de la experiencia contracultural de los jóvenes estadounidenses de la década del sesenta. Como queda claro, utilizamos el concepto de civilización en sentido moral, designando el desarrollo no material sino espiritual, una organización general de la vida común que facilite la realización de todas las capacidades del animal humano, y barbarie a todo lo que atente contra ello. Desgraciadamente, a la luz de la historia se tiene que admitir que el camino seguido por Occidente, es decir, por Europa y Estados Unidos, y que se ha impuesto ya en todo el planeta, ese camino que algunos querrían aún continuar a toda costa, porque de él han sacado vergonzosos réditos, ha llevado a la barbarie y ha demostrado que no tiene salida. Occidente y su liderazgo han llevado al género humano entero a un punto muerto, a una era glacial, que es la que vivimos nosotros, todos los habitantes del planeta. Decirlo es ahora un lugar común de la filosofía. Ya no es posible avanzar, y ya se sabe que el hombre no puede permanecer inmóvil en un lugar; que el que no avanza, retrocede.

Así que ahora a Occidente sólo le queda el retroceso, la degradación continua. Porque, según ha recordado alguien hace poco, en Occidente el hombre imaginado por las religiones, por los moralistas, los filósofos, los pedagogos, el hombre del amor al prójimo, fraterno, autoconsciente y libre, el individuo autónomo, cuyos actos pueden ser en sí mismo una norma, como soñó Kant, y los principios de fraternidad, igualdad y libertad de la revolución francesa, no existen fuera de los manuales de historia, de los

códigos religiosos y jurídicos, fuera de las leyes. Lo que existe es la voluntad de exterminio, de negación, el espíritu de destrucción, las enfermedades del espíritu y de la mente; lo que existe son consumidores egoístas; la indiferencia y la frialdad, esa frialdad que el filósofo alemán Theodor Adorno consideraba «el principio fundamental de la subjetividad burguesa sin el que Auschwitz no hubiera sido posible». Todo el pensamiento de las últimas décadas parecen advertirnos de un proceso irreversible de desvanecimiento o desvalorización de valores, de pérdida de opciones de vida, de consunción del sentido de lo humano, que llevó a los campos de concentración nazis y a las bombas atómicas y que ha continuado, sin discontinuidad alguna, hasta la destrucción de Irak y Gaza. No es necesario referirse a episodios recientes. No hace falta insistir en esto. Nietzsche advirtió de la esencia nihilista de Occidente, y un filósofo católico de hoy, el italiano Enmanuele Severino, ha podido hacer este diagnóstico: «Para la civilización europea las cosas son nada: el sentido de la cosa, que dirige la Historia de Occidente, es el no ser de las cosas. La esencia de la civilización europea es el nihilismo, puesto que el sentido fundamental del nihilismo es el convertir a las cosas en nada (...) La metafísica griega es la expresión originaria y decisiva del nihilismo»[7]. Es ese nihilismo el que hace que el mundo entero y el hombre en él sean sólo objetos de consumo: «Si el mundo –dice Severino– está lleno de cosas que han sido hechas para ser destruidas, es más, si el mismo 'mundo', en su totalidad es un bien de consumo, la necesidad fundamental del hombre en el 'mundo' no puede ser más que el consumo del 'mundo', y tanto más deprisa cuanto más rápido es el aumento de los bienes de consumo»[8]. Ahora bien, en la medida en que América latina forma parte de Occidente, el estancamiento y el límite de Occidente suponen también nuestro estancamiento y nuestro límite. Su retroceso y su degradación, el nuestro. En ese sentido, somos o podemos ser herederos de su ruina. Si Occidente ha ido a parar a un callejón sin salida, a nosotros, que persistimos en beber de sus fuentes, alimentarnos de sus frutos y convertir nuestro suelo en una versión adaptada del suyo,

---

[7] Severino Emanuele, *Esencia del nihilismo*, Taurus, Madrid, 1991, p. 28.
[8] Severino, Emanuele, Obra citada, p. 202.

no puede sino ocurrirnos lo mismo. También en nosotros la historia ha sido hasta ahora una lucha de civilización y barbarie, y también entre nosotros ha triunfado la barbarie.

Lamentaría parecer un antioccidental; estoy lejos de serlo. La aventura europea es de tal riqueza, su legado para la humanidad de tal envergadura, que no tienen parangón en la historia. Es precisamente la parte más avanzada de su pensamiento –es decir, la parte más autocrítica, porque el desarrollo de un pensamiento se mide según su capacidad autocrítica– la que nos advierte acerca de su naturaleza deletérea. Desde los trágicos y los sofistas griegos, que advertían ya en la antigüedad, por boca de las mujeres troyanas, que Europa era «el reino del hades», hasta Nietszche, Max Weber, los pensadores de la escuela de Frankfort y los nuevos pensadores italianos como Enmanuel Severino, ha sido la misma Europa quien ha alumbrado al mundo acerca del carácter aporístico y final de su historia y del mundo que ella construyó. La irreversibilidad de este proceso está ampliamente testimoniada. Que no se haya producido ningún corte axiológico después del holocausto y de las explosiones atómicas es la mayor prueba. Hannah Arendt escribió que después de la Segunda Guerra Mundial el tema del mal debería ser el asunto filosófico privilegiado del pensamiento europeo. El filósofo Günther Anders, en su conocida carta al hijo de Adolf Eichmann, hacia 1988 advertía que «las repeticiones de lo monstruoso no son solo posibles sino probables... Nuestra derrota solo quedará sellada si decidimos no escrutar los fundamentos de lo ocurrido, si no descubrimos con claridad *lo que* propiamente hemos de combatir.. por estas razones hemos de ir a las raíces de las cosas»[9]. Los 'fundamentos', las 'raíces' de lo que 'propiamente' se ha de combatir, lo que el cineasta Ingmar Bergman llamó 'el huevo de la serpiente', no fueron buscadas. Occidente, Europa y Estados Unidos, no fue capaz de desarrollar ninguna reflexión suficientemente profunda acerca de lo ocurrido. La salida adoptada fue sólo jurídica, penal.

Así, ciertamente se puede decir que para Occidente, la historia ha terminado, y ahora solo le queda la larga ceremonia de la extinción.

---

[9] Anders, Günthers, *Nosotros, los hijos de Eichmann. Carta abierta a Klaus Eichmann*, Paidos, Barcelona, 2001, p. 24.

América y el beneficio de inventario

Hace varias décadas que Antonin Artaud escribió: «La civilización actual de Europa está en bancarrota; la Europa dualista ya no tiene nada que ofrecer al mundo...; Oriente está en plena decadencia; la India se duerme en el sueño de una liberación que sólo tendrá valor después de la muerte; China está en guerra y los japoneses de hoy parecen ser los fascistas de extremo-oriente; Los Estados Unidos no han hecho otra cosa que multiplicar al infinito la decadencia y los vicios de Europa; Queda México y su estructura política sutil, que en el fondo no ha variado desde la época de Moctezuma». Podía haber escrito «queda América», y su pensamiento hubiera sido más cabal. Queda América latina, en efecto.

Pero una civilización americana, una nueva América, no lo puede ser en el sentido en que la pensó Bolívar, es decir, como continuación de la europea; para que sea verdaderamente nueva ha de haber no una continuidad sino un corte profundo, de orden axiológico, de orden cultural e intelectual con Occidente, con Europa y Estados Unidos, un corte con una forma de racionalidad que no ha sido capaz de superar el carácter estructural de la actividad bélica y sanguinaria que se creía exclusiva de lo que se llamaba, con una arrogancia ya del todo injustificada, comunidades primitivas, una racionalidad, en suma, que pudo dar a luz al nazismo, el estalinismo, la guerra preventiva, la compraventa de carne humana, de dignidad humana.

Creo que se puede decir que América latina es una de las reservas con que cuenta la humanidad para dar un paso adelante en la lucha contra la barbarie. Hay muchas razones para pensar en América y no en otro lugar. La primera, la principal, es que una nueva civilización deberá contar, necesariamente, con la experiencia occidental, y ser capaz de entablar un diálogo crítico con su rica masa hereditaria. Ni Oriente ni Medio Oriente podrían hacerlo. En cambio, por su historia, por su vasta variedad cultural, por su madurez intelectual, América latina sí está en condiciones de hacerlo y fomentar por tanto una propuesta de posible validez universal. Desde luego que es ingenuo pretender que América del sur esté ya lista para postularse como alternativa a Occidente. Ya hemos dicho que la América que vio el joven Martí, no existe. Ni

las pequeñas sociedades aborígenes, que no han gozado del enriquecimiento que ofrece el intercambio a gran escala, ni las culturas urbanas de América, ni ninguna otra cultura, está hoy lista para sustituir a Occidente. Las nuevas culturas y la nueva civilización tienen que ser aún construidas. No se puede romper bruscamente con un mundo edificado a lo largo de tantos siglos. La puesta en marcha de la idea de una nueva civilización ha de tener en cuenta la existencia de una enorme resistencia, que no será superada con la legislación, la doctrina y los acuerdos internacionales. Ya Andrés Bello advirtió acerca de la banalidad de las metas perseguidas a través de las legislaciones: «formar constituciones políticas más o menos plausibles –escribió en el artículo «Repúblicas americanas»–, equilibrar ingeniosamente los poderes, proclamar garantías, y hacer ostentaciones de principios liberales, son cosas bastante fáciles en el estado de adelantamiento a que ha llegado en nuestro tiempo la ciencia social»[10].

No estoy rompiendo una lanza contra toda clase de acuerdos. La historia no obedece a leyes ni tiene un camino marcado ni por el espíritu ni por las clases, pero tampoco transcurre de manera enteramente azarosa. Sin dejar de reconocer el valor y la función de la contingencia, se puede afirmar que la historia humana no acontece de manera completamente espontánea e irracional. Su sendero se deja iluminar por un proyecto. No faltan ejemplos de pueblos y civilizaciones que sin pretender detener la historia, sin buscar un punto cero, fueron capaces de imaginar el mundo en que querían vivir, de proyectarlo y de desarrollar estrategias para alcanzarlo. Quisieron elegir su mundo, y en buena medida lo eligieron. En Occidente no es difícil identificar proyectos concretos que llegaron lejos en ese camino. El socialismo marxista fue uno, que ofreció una alternativa económica y política, pero no puso en cuestión las bases del mundo occidental. La Ilustración lo fue del modo más cabal. Pero antes de la aparición del proyecto marxista, antes del movimiento ilustrado, fue la iglesia católica la que impulsó el gran proyecto europeo triunfante, al liderar el inventario de bienes culturales de la antigüedad greco-romana que estimaba

---

[10] Citado por Ángel Rama, en *La crítica de la cultura*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, p. 68.

adecuados para el presente y el futuro de la Europa surgida de la desintegración de la antigüedad. La lucha llevada a cabo por los apologistas cristianos de la llamada Patrística contra el mito, el paganismo y el politeísmo jugó un papel preponderante en la cohesión del mundo medieval. Justino, tenido hoy como fundador de la Patrística, en el siglo II demostraba que la operación contra el mito se había llevado a cabo con toda conciencia: «la totalidad de aquello que es racional –dice en la *Apologética*– se ha incorporado en el Cristo»[11]. Esa alianza del cristianismo con el *logos* griego, particularmente con el pensamiento socrático y el estoico, fue fundamental, repito, en el afianzamiento de todo el Occidente. Gracias al trabajo de los Padres de la iglesia se conformó la base intelectual que permitió al mundo cristiano reinar durante tantos siglos. Ese fue un proyecto concebido y realizado conscientemente.

De eso se trata ahora, esa es la primera gran necesidad: concebir y poner en marcha un proyecto, «un proyecto capaz de alcanzar los resortes, los nexos complejos del mundo de la vida, de la cultura», como escribió el poeta Iván Carvajal en un debate llevado a cabo en Ecuador; un proyecto capaz de actuar en un sentido emancipador. Porque es iluso pensar en 'una civilización postoccidental' «que *debe* venir después de la Occidental y *superarla* hegelianamente»[12]. La naturaleza no tiene leyes para la historia; ésta no tiene obligaciones; nada *debe* ocurrir. Ningún prefijo (post), ninguna 'superación hegeliana' de Occidente, será suficiente. Para que pueda ofrecer una verdadera alternativa, el proyecto debe buscar no una 'superación' ni un 'ir más adelante' de, sino una diferenciación intelectual radical, un corte cultural profundo con Occidente. Precisamente por eso el proyecto americano no puede ni debe ser bolivariano, porque, como ya hemos dicho, Bolívar concibió América solo como una entidad política, no cultural, esto es, como prolongación o continuación de Europa.

---

[11] Citado por Lluís Duch, en *Mito, interpretación y cultura*, editorial Herder, Barcelona, 1998, p. 104.

[12] Es lo que hace Roberto Fernández Retamar; ver nota 36 de «Calibán 500 años más tarde», en *Todo Calibán*, citado por la edición de Milenio, Buenos Aires, IDEP/Asociación de Trabajadores del Estado, 1995, página agregada s/n.

La gran condición de posibilidad de ese proyecto es la independencia intelectual, un pensamiento en continuo movimiento, es decir, lo opuesto a la actitud hagiográfica, que neutraliza intelectualmente la figura que se pretende honrar y termina haciendo de esa figura y de su obra un obstáculo. Esa facultad intelectual independiente ha de aplicarse a lo que Anders llamaba, en las frases citadas más arriba, 'los fundamentos', 'las raíces' de 'lo que hay que combatir', de 'lo monstruoso', de 'el huevo de la serpiente', de lo que Hannah Arendt llamó 'el mal', expresiones con las que nadie, desde luego, menciona simplemente al nazismo.

Para dirigirse hacia esas metas el pensamiento independiente y creativo deberá aplicarse a lo que hemos llamado un beneficio de inventario. El beneficio de inventario es una institución del derecho sucesorio que reconoce a un heredero el derecho de declarar qué acepta y qué rechaza de la masa de bienes ofrecidos por la muerte de alguien. Es el inventario que se vería obligado a declarar cualquier heredero que tiene noticia de que en la herencia que le ofrecen hay bienes benéficos para su vida pero también otros que le conducirían a su destrucción. Claro que en nuestro caso, en el caso americano, no se trataría de un acto sino de un proceso, arduo y largo, cuya longitud tal vez no deba ser calculada en lustros ni en décadas, sino en unidades superiores, pero que no puede ser sino fructífero. Este inventario debe declararse con todas las culturas que nos han constituido, que nos han hecho lo que somos hoy. Esto, aclaro, no supone la tarea de dirimir nada entre lo indígena-autóctono y lo europeo-extraño; nada tiene que ver con supuestas purezas culturales; nada con ninguna autoridad; nada con la idea de nación o de lo nacional. El inventario, repito, se tiene que practicar con respecto a todas las culturas que nos constituyen, con la occidental, sí, por el poder que tiene, que se ha arrogado y que le hemos conferido, pero también con las ancestrales, con la indígena autóctona americana y con la afroamericana. Necesitamos conocer a fondo esas culturas para reconocerlas en nosotros.

El inventario supone una de-construcción de la tradición cultural de Occidente, de sus bases intelectuales, de las diferentes imágenes del mundo y del hombre que la han guiado y la guían en su vivir práctico. No tiene por qué circunscribirse a lo económico

ni a lo político (porque, como ya se ha dicho y escrito muchas veces, el problema no es solo el capitalismo, sino algo más profundo, algo que lo antecede y lo contiene; la solución, si cabe aún hablar así, no puede ser sólo el socialismo), ni a las artes y las letras y los fenómenos vinculados, como las industrias culturales. Su meta no ha de ser sólo la disolución de las fronteras entre la cultura de las élites económicas y la de los grupos marginados, ni la redefinición de las relaciones entre cultura erudita y popular, en que se suelen posicionar los diseñadores de políticas públicas. No porque esos dos polos no existan, como algunos creen, pues ciertamente existen, con todas las mediaciones que se quiera, sino porque todas las formas de la cultura no pueden sino estar atravesadas, en mayor o menor medida, por los mismos principios seculares de Occidente. El inventario ha de abarcar, mirándolo al trasluz de un pensamiento independiente y creador, todo el tejido cultural, todo el mundo de la vida, todos los valores de lo ancestral y de una civilización, la occidental, que fue capaz de producir, de modo exclusivo, como nunca antes había ocurrido en la historia de la humanidad, «fenómenos culturales de una dirección evolutiva de alcance y validez universales»; pero que al mismo tiempo renunció a la vida, la dejó atrás, despreció el cuerpo y el espíritu, la fecunda excepcionalidad de la vida humana.

No estoy pidiendo, desde luego, que abandonemos el estudio de la historia precolombina, que los sociólogos y los antropólogos abandonen sus investigaciones sobre las costumbres y el modo de vivir de los ecuatorianos, peruanos, mexicanos, de los todos los pueblos americanos. Digo que nos conoceremos y nos entenderemos más si orientamos nuestra búsqueda al conocimiento profundo, de-constructivo y crítico del mundo que nos «pre-formó»[13], de las culturas occidental y de las ancestrales. Al lado de los estudios sobre América latina, hemos de lanzar estratégicos programas de investigaciones culturales sobre las bases de la cultura de

---

[13] Erich Auerbach, hablando de la cultura europea, escribió: «lo grecolatino-cristiano de su origen es lo que las une (...) incluso si Europa, como un día Roma, pierde su poder, incluso si se deshace su existencia, habrá preformado la vida en común de los hombres sobre el planeta», en *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, Barral Editores, Barcelona, 1969, p. 336.

Occidente que nos permita reconocerlas, identificarlas cuando actúan en nosotros bajo todos los disfraces que el tiempo y la historia les hayan puesto. Así entenderemos mejor el racismo, el machismo, la homofobia, las estructuras jerárquicas, el ideal competitivo, la obsesión por el lucro, la conducta de los intelectuales, y muchos otros de los rasgos que afectan más negativamente nuestra vida.

Acometer la revisión de la cultura occidental con la intención de dejarla atrás, de deshacer ese camino que Occidente trazó en América, será la más compleja tarea que jamás nadie se haya impuesto en el mundo americano, pero es asimismo la más importante. ¿Es una contradicción hablar de corte profundo y a la vez propugnar un diálogo crítico y un beneficio de inventario? Creo que no. La historia de la civilización occidental, todos sus bienes, serán sobre todo una enseñanza, que la nueva civilización ha de tener presente para la elaboración de las nuevas bases culturales. Tal vez la mayor dificultad derive del hecho de que es muy probable que en los diferentes componentes y en los diferentes productos de la cultura que debe ser objeto de inventario no haya una relación de contrariedad sino de implicación, y que así no quepa ni aceptarlos ni rechazarlos entera y directamente, pues quizá contengan a la vez el aliento y la marca tanto de la civilización como de la barbarie, y sirvan al mismo tiempo tanto para la construcción como para la destrucción; que en cada elemento de la cultura haya una parte de verdad y otra de falsedad. El dilema no será pues discernir cuál es el pensamiento propio de los hispanoamericanos, ni si este escritor sí y el otro no; si fomentamos o no aires populares y prohibimos a Wagner o Beethoven, porque en una misma obra percibiremos las más altas expresiones del espíritu humano y vergonzosas huellas del sometimiento y destrucción de lo humano, sino cómo desarrollar perspectivas nuevas que nos permitan distinguir lo uno de lo otro, para aceptarlo o repudiarlo dentro y fuera de nosotros. La tarea es llegar a descubrir y a comprender, en los objetos, en las relaciones, en las ideas, en la historia, en los símbolos, en cada uno de los infinitos componente del mundo, qué nos hace vivir, fructificar y desarrollarnos como seres humanos, y qué atenta contra ello. Esas percepciones nos orientarán en la búsqueda de nuevas maneras de relacionarnos con las

cosas, con los objetos, con todos los seres del mundo, en la elección y desarrollo de nuevas formas de producción y de consumo, de nuevas relaciones con la naturaleza exterior y con la naturaleza interior, de una nueva organización cívica, en que domine los principios de dignidad, soberanía y libertad, es decir, de la crítica. Porque se trata de iniciar, mantener y alimentar incesantemente un implacable, diario, generalizado proceso de crítica y autocrítica, en el marco de construcción de la civilización nueva.

Sin esa incesante revisión es posible que terminemos, con las mejores intenciones, desarrollando argumentos contradictorios e incluso opuestos a aquel que nos proponemos defender. Ocurre a menudo en los casos en que se renuncia a la crítica, en que la construcción no está precedida de la de-construcción y de la destrucción, y así lo nuevo, que pretende sustituir a lo viejo, termina incorporándolo. La tarea que nos demanda la época no será tarea sólo de americanos. No será tarea de un ministerio de cultura ni de un gobierno, sino que deberá formar parte esencial de las estrategias continentales. Lo que seamos, será lo que hayamos sido capaces de inventar, para usar las palabras del escritor Miguel Donoso Pareja. Claro que ese invento no será arbitrario: será algo similar al contrato social que imaginó J.J. Rousseau. Sus cláusulas han de excluir todo lo que atente contra el libre desarrollo de las potencialidades del animal humano y de la dignidad humana. Ese pacto nos dará nuestra identidad, y esa será nuestra única identidad valiosa. ©